

LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

(Mayo 1994)

La era poscomunista, sin guerra fría, pero no sin conflictos armados regionales, es este período de la historia donde no está resuelto, ni con mucho, el angustioso problema de la pobreza, que atenaza a la población mayoritaria de vastas zonas de la tierra.

Como única solución a este drama de fin de siglo, aparece el reforzamiento de la macroeconomía, el libre mercado, la abstención del Estado con respecto a medidas sociales, las privatizaciones, etc. A todo este estilo de conducir la economía se le llama con frecuencia neoliberalismo.

Frases como «terapia de choque», «reajuste económico» y otras se hacen familiares a los pueblos empobrecidos que aprenden a escuchar este vocabulario, algunos con esperanza, los más con temor.

El derrumbe del llamado socialismo real en el este europeo, entre otras cosas por su incapacidad para producir los bienes necesarios para que se alcance un nivel aceptable de bienestar, ha representado para la humanidad, en la década de los noventa, una búsqueda exclusiva de modelos de organización económica con denominadores comunes que, sobre todo en los pueblos menos desarrollados, acentúan las diferencias entre ricos y pobres, al hacer que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres, cada vez más pobres.

La falta de alternativa hace pensar a algunos en un nuevo sistema que podría tomar lo mejor del antiguo comunismo y lo mejor del capitalismo. Otros sueñan con un modelo de sociedad que no tenga ningún parentesco con los viejos sistemas y que sea de veras efectivo para remediar los males de la miseria y la postración de los pueblos.

Tres son, pues, fundamentalmente las opciones teóricas de los medios intelectuales y laborales ante la situación de los pueblos para este fin de siglo y de milenio:

- Una recuperación del marxismo, incluso reformado, que pudiera dar batalla a cierto tipo de capitalismo salvaje y ganarle en buena lid.
- Una instauración universal del capitalismo liberal que podría generar, con cierta rapidez, las riquezas necesarias para rescatar de la miseria al mundo empobrecido de más de la mitad del planeta.
- La creación de un nuevo sistema híbrido de socialismo marxista y de capitalismo liberal o totalmente diverso de ambos, como única solución para la humanidad actual.

Una palabra clave se extiende, sin embargo, por toda la tierra: *CAMBIO*. Y esa palabra se refiere a una realidad, quizá desconocida, pero nueva, que reemplace por otros los modelos establecidos en muchos países. Normalmente, este deseo de cambio se refiere a la economía, pero incluye también la política. En este último campo es *DEMOCRACIA* la palabra clave, aunque sea entendida con matices diversos por todos los que la pronuncien, pero teniendo, sin embargo, en todas las conciencias, un basamento común, el de una *LIBERTAD* no condicionada que haga a

cada hombre y a cada mujer dueños de sus destinos. En los esbozos de cambio, libertad y transformación económica aparecen ligadas por una relación necesaria.

Quizá sean estos últimos los dos pensamientos más claros que afloran en las mentes de muchos seres humanos, afectados por el hambre y la desesperación: *CAMBIO Y DEMOCRACIA*, porque el cómo llegar a instrumentar esas transformaciones repito que permanece en el ámbito de la formulación teórica de nuevas utopías, en la añoranza de otras o, en la mayoría de los casos, en la simple repetición del modelo económico y político en voga.

¿Qué puede hacerse? Las posturas teóricas que tienen que ver con el marxismo, con el neoliberalismo o con un eventual «tercer sistema» tienen el peligro de ser justamente teóricas. Su verificación práctica en un caso no dio resultado, en otro da resultado inmediato para los más grandes o poderosos y, en otro, no pasa de ser un sueño todavía sin verificación. Pero los pueblos no pueden esperar. La miseria, el hambre y las enfermedades no se compaginan con la paciencia para aguardar viejos o nuevos experimentos. Es necesario actuar prontamente y con realismo, que se distingue del pragmatismo, porque este es frío y calculador y aquel tiene precisamente en cuenta la realidad total del hombre que sufre. Con realismo se debe aceptar que hay un tipo de organización económica en el mundo, dentro de la cual deben moverse los pueblos, sobre todo los países pequeños y pobres. Dentro de ese mundo, pero sin conformarse a las peores cosas de ese mundo, deben producirse los *CAMBIOS* necesarios en cada país y debe establecerse una solidaridad internacional para alcanzar cambios estructurales globales. Otra palabra clave para esta hora de *CAMBIOS* en el interior de las naciones y en las relaciones entre los pueblos es *SOLIDARIDAD*.

La solidaridad debe sustituir el superado concepto de «lucha de clases» para reemplazarlo por actitudes nuevas que generan acciones nuevas como compartir, apoyar, cooperar. Nos acercamos aquí a la *DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA*, la cual, inspirándose en el Evangelio de Jesucristo, reclama de los políticos, economistas, hombres de empresa y trabajadores que consideren la cuestión social con un definido sentido ético, para que las realidades de la economía y de la política no queden reducidas a mecanismos eficaces, sin consideración de los grupos humanos, hombres, familias, pueblos, que pagan, por ejemplo, las consecuencias de una economía de mercado dejada al juego ciego, y a menudo despiadado, de la oferta y la demanda, o que se resienten de la falta de audacia para tomar decisiones en momentos de urgencia, sea por razones ideológicas, sea por búsquedas teóricas que no tienen suficientemente en cuenta la realidad.

En suma, la doctrina social de la Iglesia sitúa al hombre en el centro de la cuestión social. No son sistemas, sino los pueblos quienes protagonizan la historia y, ante los pueblos sufridos y desesperanzados, con realismo, con prontitud, es necesario tomar lo mejor de lo que la economía global puede ofrecer en sus aspectos prácticos, enjuiciando siempre desde la ética, no desde las ideologías, sus proposiciones, para hacer que las cosas marchen lo mejor posible para los hombres y mujeres que viven, sufren y esperan hoy.

El comunismo se derrumbó como sistema económico, pero dejó un sentido de igualdad, y un empeño consecuente en la repartición de bienes, que constituyeron para muchos pueblos motivos de esperanza.

No se trata de fabricar con algunos restos una nueva ideología, sino de aceptar aquellas inspiraciones que hoy han dejado tantos sentimientos de frustración, y tenerlas en cuenta, porque, al fin y al cabo, en ellas están las aspiraciones más secretas de los pobres. También la doctrina social de la Iglesia, que se funda en el destino universal de los bienes de la tierra, que el Creador quiso que fueran para todos y que hace repetir al Papa Juan Pablo II que sobre toda propiedad privada hay una hipoteca social, puede inspirar a políticos, cristianos o no, en la estructuración de una organización económico-social que ponga al hombre, éticamente considerado, en el centro de las preocupaciones de quienes rigen los destinos de los pueblos. Un hombre creado por Dios en dignidad y libertad, un hombre que no debe ser solo receptor, sino agente en medio de otros hombres con quienes debe actuar en solidaridad, es decir, con amor, al estilo de Cristo.

La Doctrina Social de la Iglesia no formula, por lo tanto, un sistema nuevo, sino que presenta unos principios, de los cuales se pueden deducir tres líneas concretas de acción que tengan en cuenta la urgencia de los pueblos y, sobre todo, la inviolable dignidad de la persona humana.

Invito a los movimientos laicales y a todos los cristianos en general a profundizar, con los medios a nuestro alcance, en la Doctrina Social de la Iglesia. Su conocimiento y la incorporación de sus principios a la vida personal, familiar y eclesial es condición para ese cambio positivo al que todos aspiramos y que no puede tener lugar sin un cambio de mentalidad y de corazones.

Los bendice con afecto.